

STEFAN ZWEIG

UNA HISTORIA
CREPUSCULAR

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOAN FONTCUBERTA

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Geschichte in der Dämmerung*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Atrium Press London
Negociado a través de International Editors'Co. Agencia Literaria
© de la traducción, 2015 by Joan Fontcuberta Gel
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S. A. U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A. U.

En la cubierta, azulejo (1868-1874) de Christopher Dresser

ISBN: 978-84-16011-68-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 229-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

¿Ha sido el viento lo que ha traído de nuevo la lluvia a la ciudad haciendo que nuestra habitación se oscurezca de pronto? No. La atmósfera está tranquila y tiene una claridad argentada, como raras veces ocurre en estos días de verano, pero se ha hecho tarde y no nos hemos dado cuenta. Sólo los tragaluces de enfrente sonríen todavía con un débil resplandor y por encima de los tejados el cielo se cubre ya de una bruma dorada. En una hora será de noche. Una hora maravillosa, pues nada es más bello que ese color que poco a poco se marchita y se ensombrece, y luego la oscuridad, que brotará del suelo, invadirá la estancia, hasta que sus negras olas se replieguen en silencio sobre las paredes y nos arrastren a las tinieblas. Entonces, cuando en este momento nos sentemos uno frente al otro y nos miremos sin hablar, nos parecerá que el rostro familiar que entra en las sombras se ha vuelto más viejo, extraño y lejano, como si nunca lo hubiéramos conocido y lo contempláramos a distancia y a través

de muchos años. Pero ahora quieres que hablemos, porque en el silencio oyes acongojado cómo el reloj rompe el tiempo en cien pequeñas astillas y la respiración se vuelve ruidosa como la de un enfermo. Quieres que te cuente algo. Con mucho gusto. Aunque no de mí, pues nuestra vida en estas ciudades inmensas es pobre en acontecimientos o así nos lo parece, porque todavía no sabemos lo que en realidad nos pertenece. Pero voy a contarte una historia adecuada para esta hora y que, a decir verdad, sólo ama al silencio, y quisiera que tuviese un poco de esa luz crepuscular, cálida, dulce y profusa que se extiende como un velo ante nuestras ventanas.

No sé cuál es el origen de esta historia. Simplemente recuerdo que, desde primera hora de la tarde, he estado aquí sentado mucho rato, leyendo un libro, después lo he dejado y me he sumido en una especie de ensueño letárgico, tal vez incluso en un sueño ligero. De pronto he visto unas figuras que se deslizaban a lo largo de la pared, y podía oír sus voces y penetrar en sus vidas. Pero cuando he querido seguir con la mirada esas formas fugitivas, me he encontrado de nuevo despierto y solo. El libro había caído a mis pies. Lo he recogido y le he preguntado acerca de las figu-

ras: ya no he encontrado la historia en él, como si hubiera caído de sus páginas a mis manos o como si nunca hubiera estado allí. Quizá la había soñado o la había leído en una de aquellas nubes de colores que hoy habían llegado de tierras lejanas a nuestra ciudad transportando la lluvia que durante tanto tiempo nos ha importunado. Quizá la había oído en una vieja e ingenua canción que un organillo había tocado entre melancólicos gemidos bajo mi ventana, o alguien me la había contado años atrás... No lo sé. A menudo me llega este tipo de historias, y me divierte dejar fluir entre mis dedos las cosas que cuentan, sin retenerlas, al igual que uno acaricia espigas y flores de tallo largo sin cogerlas. Sólo las sueño a partir de una imagen repentina y coloreada que termina por difuminarse, pero no las retengo. Sin embargo, hoy quieres una historia, y te la voy a contar en esta hora del crepúsculo en la que nos invade el deseo de ver algo multicolor agitándose y brillando ante nuestros ojos que los tonos grises entristecen.

¿Cómo empezar? Tengo la sensación de que debo hacer salir por un momento de las sombras una imagen y una figura, pues así comienzan también en mí esos extraños sueños. Ya me acuerdo. Veo a un esbelto muchacho que desciende por

los anchos peldaños de la escalera de un castillo. Es de noche, una noche con sólo un pálido claro de luna, pero, como si tuviera un poderoso faro, abarco el perfil entero de su cuerpo ágil, distingo perfectamente sus rasgos. Son extraordinariamente bellos. Sus cabellos negros peinados a la moda infantil caen sobre su frente un poco demasiado alta, y las manos, que él extiende hacia delante en la oscuridad para palpar el calor del aire caldeado por el sol, son muy finas y nobles. Su paso vacila. Desciende absorto hacia el gran jardín que murmura con sus numerosos árboles redondeados y entre los cuales reluce como un sendero blanco una única y amplia avenida.

No sé cuándo sucedió, si ayer o hace cincuenta años, ni tampoco sé dónde, pero creo que debió de ser en Inglaterra o en Escocia, pues sólo allí conozco castillos de piedra tallada tan altos y grandes que de lejos parecen fortalezas altivas y amenazadoras y que sólo para el ojo familiarizado se inclinan sobre sus jardines luminosos y floridos. Sí, ahora lo sé seguro, está allá arriba en Escocia, pues sólo allí las noches de verano son tan luminosas que el cielo tiene el brillo lácteo del ópalo y los campos nunca están oscuros, todo parece tenuemente iluminado desde el interior y sólo